

PEQUEÑA CRÓNICA DE SANTACRUZ

Por Juan Antonio

Padrón Albornoz

Nos dejó el viejo y buen maestro

Puesto que fui su alumno, bien sé de su buen hacer en el vasto campo de la enseñanza.

Tarea ingrata, siempre incomprendida la del maestro, está plagada de las mil y una contrariedades que, día a día, año a año, van marcando su paso por este mundo.

Don Matías Llabrés no necesita—nunca necesitó—presentación de ninguna especie. El se fijó una meta y, por el camino recto de su obra desarrollada en años, la alcanzó merecida y completamente. Tras ella, siguiendo sus pasos y la pauta marcada, vamos todos los que fuimos sus alumnos.

Don Matías cimentó unas bases que, muy sólidas, sirvieron para luego alzar sobre ellas unas realidades espléndidas.

De esta su tarea—similar a la que realizan todos los maestros que han sido, son y serán—se fue levantando, poco a poco y en labor paciente, una muy bien justificada fama en el difícilísimo quehacer de la enseñanza.

Sí, la enseñanza es, lo será siempre, un difícil quehacer. Es, repito, tarea que, ingrata, resulta por paradoja hermosa y llevadera. Aúna en sí valores totalmente opuestos pero, presidiendo la mezcla extraña, la caracteriza una entrega total a un fin determinado y concreto. A un fin que, siempre magnífico en su significación, es la verdadera base donde se asienta todo el mundo del progreso.

Es ya tópico—pero no por ello menos cierto—el que se atribuya a la enseñanza, a la primaria desde luego, todo lo que con el tiempo ha de lograr un desarrollo armónico y duradero.

Lo es también lo de atribuirle un carácter, indudable desde luego, de verdadero sacerdocio. Pero de estos tópicos no se puede—no se podrá nunca—prescindir cuando se trata de enjuiciar, total y debidamente, la figura ejemplar de quien fue nuestro maestro, de quien nos formó y educó.

En el campo y en la ciudad, entre el tráfago incesante o el silencio enmarcado por lienzos de campiñas y montañas, una labor dura, siempre dura, se hace de continuo y en el más completo de los silencios.

El maestro trabaja con calma, con verdadera pasión de artista, modelando mentes infantiles mientras, siempre, su corazón palpita entre la alegría y la preocupación. Cansados ya por la mañana, con el pelo prematuramente gris, perseveran en el trabajo de su devoción. Hay en ellos la tristeza resignada de quienes saben que su vida no cambiará nunca pero que, en el fondo—muy en el fondo—sienten el orgullo magnífico de pertenecer a una profesión inigualable.

Y hay también desalientos. Los hay en otras, en todas las profesiones, pero más—y más profundos—en la del maestro. El vive, con intensidad plena, la vida de todos y cada uno de sus alumnos. Con ellos se alegra y con ellos sufre. Y es que, mientras se vive entre los chicos, se es todavía un poco como ellos. Entonces las pequeñas estancias parecen salones y cuatro monigotes pintados en la pared representan un mundo de maravillas. Y cree uno, viviendo a su lado, muchas cosas en las que, al alejarse de ellos, nunca se vuelve a creer.

Un viejo maestro me confesó en cierta ocasión:

—Nosotros siempre aquí, todos los días, todos los años. Siempre los mismos niños, aunque cambien las caras, los nombres y los apellidos.

Y decía, con toda razón, que los niños se sonríen al comprobar que nosotros—los hombres—necesitamos tener ante los ojos las cosas bellas para poder verlas. Ellos, en cambio, las ven siempre, pues sus fantasías, sus sueños, sus anhelos, son tan grandes, tan fuertes, que se convierten en cosas reales.

Don Matías Llabrés, el viejo y buen maestro de Santa Cruz, se trazó un camino. Lo siguió y llegó a la meta propuesta.

Cumplió su magnífica misión en la vida.

Ahora su muerte nos lleva a nuestros años niños. A aquellos tiempos en que íbamos a la escuela. A aquellos tiempos que queríamos que volvieran, pero que es imposible lograr. A los tiempos de la ilusión, de las esperanzas que llevábamos en el corazón. Al tiempo, en fin, de nuestra inocencia, cuando creíamos en la cara bonachona de la Luna, porque nuestro mundo era muy pequeño y estaba muy bajo nuestro cielo.

La muerte de don Matías nos hace encontrar en nuestros hijos cosas que creíamos perdidas y que deseamos—tan bellas son—no se perdiesen jamás.